

ESCASED DE

SACERDOTES

I) ¿SE NECESITAN "MUCHOS" SACERDOTES?

La deficiencia de vocaciones religiosas en América Latina fue la postrera preocupación de Juan XXIII y ha sido la primera de Paulo VI, quien, al recibir la Comisión Pontificia creada ad hoc por Pío XII y presidida por el Card. Confalonieri, entre otros notables conceptos manifestó lo siguiente:

"Este es el problema más angustioso: pensar en las principales metrópolis sudamericanas, en torno a las cuales se reúnen millones de seres humanos que concurren desde el interior en busca de mejor fortuna, y no poder destinar a ellas más asistencia espiritual que un número muy restringido de sacerdotes... es cosa que llena el corazón de amargura, de ansiedad y de vivísima preocupación, y nos recuerda el dulce lamento del Señor: "La mies en verdad es mucha, mas pocos son los trabajadores" (Discurso a la Celam: 9-7-1963).

Sin embargo, si en nuestro continente el problema se hace cada día más apremiante y dramático, sería injusto y hasta peligroso ocultar que los mismos males europeos confrontan dificultades casi idénticas, inclusive los que se han empeñado en una generosa emulación de ayuda fraterna y cordial a nuestras diócesis: España e Italia entre ellos.

Harto conocida es la situación del clero español, que no llega a

cubrir las necesidades espirituales de muchos pueblos de tierra adentro; pero quizás es menos conocida la deficiencia de sacerdotes que afecta a la península itálica. Valga como muestra esta información procedente del mismo Centro de la Cristiandad: en 1961 el Vicariato de Roma, no teniendo a disposición curas para destinarlos a las parroquias suburbanas, tuvo que cubrir las vacantes... ¡con una decena de jóvenes sacerdotes chinos!

No obstante, a riesgo de suscitar vehementes reacciones, me atrevería a sostener unos cuantos aparentes disparates como los siguientes: primero, la mermá de las vocaciones, absoluta cuanto al número en proporción al asombroso crecimiento demográfico, es relativa por la calidad y el dinamismo del clero actual, en conjunto muy superior al de hace unas décadas; y segundo: la falta de sacerdotes podría remediarse en parte sacando unos cuantos jóvenes clérigos de la burocracia diocesana y otros encargos de dudosa utilidad y devolviéndolos a sus funciones primarias de pastores encargados de la cura de almas. Este último es un problema muy antiguo, como vamos a ver, y, sin embargo, siempre de actualidad en toda parte.

Pues en la misma Roma, donde hemos visto que faltan sacerdotes para la atención religiosa de los parroquianos periféricos, se ha publicado el comentario periodístico que reproducimos a continuación, al discutirse en el Congreso una ley presentada por el Gobierno para garantizar, mediante una erogación anual a cargo de la Hacienda pública, una pensión de ancianidad a todos los sacerdotes.

"Nada que objetar a la ley —escribe el conocido columnista Giovanni Ansaldo—; pues se impone reconocer que la mayor parte del clero lleva una vida llena de responsabilidad y rica de privaciones y sacrificios. Por lo tanto, es justo que tenga una vejez garantizada contra la necesidad y que el Estado contribuya a asegurársela.

"No entran en la cuenta, supongo, los eclesiásticos que trabajan en las Congregaciones de la Curia Romana, porque pertenecen al servicio del Vaticano y realizan una labor que beneficia, no al sólo pueblo italiano, sino a toda la Catolicidad.

"Pero, cuanto a los demás sacerdotes, qué no hay forma de enviar a la línea de combate, es decir, a gobernar una parroquia o a colaborar en ella; cuanto a los demás sacerdotes siempre en busca de "encargos especiales" y que encuentran siempre la solución más cómoda para ellos; los que pululan en las grandes ciudades (y sobre todo en Roma), mientras tantas parroquias rurales quedan acéfalas o sin asistentes, y se dedican a vagas e imprecisas "asistencias eclesiásticas" de cofradías, apostolados e institutos religiosos, o dirigen órganos de propaganda o acaudillan oficinas de prensa o llenan diariamente antecámaras ministeriales; en fin, desarrollan una actividad que el Concordato no prevé; cuanto a estos "libres profesionistas" del clero, ya es otro asunto. El Estado italiano no tiene para con ellos ninguna obligación, y tanto menos la de contribuir a acrecentar su fondo de jubilación. Si ellos quieren garantizar su vejez de la penuria, tienen que ha-

cerlo únicamente con recursos propios y no con los del pueblo que no han contribuido a servir en sus más altas necesidades."

El otro "disparate" se funda en que la merma vocacional es acaso consecuencia de un error óptico, de un enfoque equivocado. Vamos a explicarnos con un ejemplo. Jacques Léclercq en su ensayo "Promoción de los laicos" (Criterio, n. 1403 del 10-5-1962) recuerda cómo la persecución de Decio, que estalló en el año 250, después de 40 años de paz religiosa durante la cual los cristianos se habían extraordinariamente multiplicado, originó una verdadera catástrofe. El número de los apóstatas fue espantoso; y, sin embargo, el de los mártires, que se mantuvieron firmes en la fe y dieron testimonio de Cristo con su propia sangre, no fue inferior, proporcionalmente, al que se verificó en persecuciones anteriores; más bien, el contrario.

En mi modesta opinión, lo mismo pasa hoy con las vocaciones religiosas: el número de los sacerdotes ha disminuído con respecto a la llamada "explosión demográfica"; y, sin embargo, su valor, en conjunto, no ha sufrido rebaja, más bien diría que se ha multiplicado por su calidad humana, su preparación más conforme a la realidad de hoy y de la pujanza de su múltiple actividad sacerdotal. Todos conocemos —y admiramos— eclesiásticos que no sabemos de dónde sacan el tiempo y la fuerza para dedicarse a actividades tan numerosas y variadas, y siempre con afán de dar más y hacer más; y son —¡alabado sea Dios!— la mayoría. Dar público testimonio de ello por parte de los seglares me parece deber de justicia.

Pero no siempre fue así en nuestra patria y en otros países de arraigadas tradiciones católicas. Hubo un tiempo en el cual muchos elementos de la clase media consideraban el sacerdocio como una profesión, mientras otros procedentes del proletariado campesino o urbano lo tenían como una promoción, o sea un medio para ascender en la escala social. Tener un hijo cura era una aspiración nada santa de muchos padres calculadores. Por supuesto, y por fortuna de la Iglesia, siempre hubo un buen número de jóvenes generosos y piadosos que tenían vocación auténtica y otros que, aunque inicialmente carecían de ella, por una gracia especial terminaban volviéndose sacerdotes ejemplares. Sin embargo, ayer mucho más que hoy, en la clerecía no faltaban ambiciosos que apuntaban a las mitras, cazadores de sinecuras y prebendas, ministros de Dios que constituían un lastre y no daban ningún aporte, cantidades negativas en el álgebra cristiana. Hacían número, pero no tenían peso.

¿Quién no recuerda la famosa novela de Sthendal "El rojo y el

negro", que describe el cambio brusco de perspectivas que se operó en la juventud francesa al ponerse el astro napoleónico? Julián Sorel, el protagonista, no es un personaje imaginario, pues el autor confiesa que sacó la anécdota de un caso de la crónica real: es uno de los tantos jóvenes ambiciosos que comprendieron cómo el sacerdocio —el negro— podía llevar mucho más lejos que la carrera militar —el rojo. Napoleón había dicho que cualquiera de sus soldados llevaba en su mochila el bastón de mariscal; y muchos seminaristas, durante la Restauración, cayeron en la cuenta de que algún día ellos también podrían cambiar su negro casquete por el solideo púrpura y hasta por el blanco de las supremas dignidades eclesiásticas.

De allí muchas fallas que se han verificado en la Iglesia; de allí el carácter rutinario que una parte del clero imprimió al ministerio sacerdotal: de allí la desconfianza que cundió en los medios proletarios hacia los ministros de Dios sospechosos de ser simpatizantes de las clases acomodadas; y, por ende, el drama del siglo XIX denunciado por Pío XI: la pérdida por parte de la Iglesia de la clase obrera.

No: el número no lo es todo, y en el campo eclesiástico menos que en cualquier otro. Vamos a dar una demostración per absurdum.

Leamos en días pasados una hermosa vida de San Alfonso María de Liguori, Doctor de la Iglesia, fundador de la Congregación del SS. Redentor y Obispo de Santa Agata dei Goti (Santa Agueda de los Godos), una modesta ciudad en el Sur de Italia. Era una pequeña diócesis de sólo 30.000 almas; sin embargo, contaba con 400 sacerdotes diocesanos y con un número más o menos igual de religiosos. Esto pasaba en la primera mitad del siglo XVIII (el Santo Obispo murió poco antes que estallara la revolución francesa); y el Reino de Nápoles, para el gobierno espiritual de un poco más de siete millones de habitantes (la población actual de Venezuela) contaba con el increíble número de 75.000 clérigos. Supongo, no obstante, que un buen porcentaje de ellos sólo habrían recibido las Ordenes Menores: lo que les permitía desempeñar cargos en fundaciones religiosas y obras de beneficencia.

Ahora bien: ¿cuál era el estado de las almas? ¿Con tantos sacerdotes disponibles, habría siete millones de santos? Desgraciadamente, no era así; la mayoría de los feligreses vivía en la indiferencia y en el pecado, y no por falta de fe, sino de educación cristiana. Los habitantes del campo estaban en completo abandono por ausencia de pastores; al contrario, las ciu-

dades rebosaban de eclesiásticos, muchos de los cuales no tenían otra ambición que conseguir beneficios y capellanías y luego dedicar su tiempo a la administración de bienes, familiares o ajenos, sin ejercer ningún ministerio. Muchos de entre ellos, además, eran incapaces de ejercerlo por su ignorancia. (El Concilio de Trento, es verdad, instituyó los Seminarios para la formación de los sacerdotes; pero en muchas diócesis empezaron a funcionar sólo a fines del siglo XVIII; y al inicio por todas partes hubo incertidumbre y disparidad de criterios acerca de materias y métodos de enseñanza.) Peor aún: la vida mundana echaba sus tentáculos en las filas del clero. Había, por supuesto, numerosas y santas excepciones; pero la disipación de ciertos "abates" del Setecientos llegó al punto de escandalizar no sólo a los buenos creyentes, sino también a los que no observaban una conducta moral muy estricta y eran ellos mismos motivo de escándalo.

Por tal estado de cosas no podía faltar el castigo divino; y vino el cataclismo. En Italia no fue cruento como en Francia, donde la disipación era mayor y peor: sólo los bienes eclesiásticos fueron expropiados y las pingües prebendas se volatilizaron. Dispersáronse las sanguijuelas del Santuario y hubo una fuerte merma en el clero.

¿La Iglesia tiene de veras necesidad de muchos sacerdotes? San Francisco de Sales lo negaba, afirmando que lo indispensable era que fueran buenos. Y el propio San Alfonso declaró: "Dios no necesita muchos sacerdotes, sino buenos y santos." Y conste que el insigne y piadoso Doctor napolitano no se limitó a asistir con el corazón destrozado a la disipación de una parte del clero, sino que echó mano a unas cuantas iniciativas para remediar la situación: iniciativas por aquel entonces atrevidas y que se anticiparon a su época, pero que hoy en día se están generalizando en toda la Cristiandad. Vale la pena dedicar otro escrito a la actualidad de San Alfonso en la solución de muchos problemas que afectan a la Iglesia en general y particularmente a nuestras diócesis ibero-americanas, por la escasez de vocaciones religiosas.

II) EL ARTE DE APROVECHAR LA ESCASEZ

En la actualidad los asuntos eclesiásticos —parte integrante del más vasto movimiento de renovación de las estructuras de la Iglesia— están a la orden del día, no sólo en libros de especialistas y en Círculos de Estudio, sino también

en periódicos y revistas, hasta alcanzar rango en la literatura contemporánea. Sin ninguna irreverencia me atrevería a decir que hoy el sacerdote se ha puesto de moda en la novela, en el teatro y en el cine.

El fenómeno empezó a manifestarse entre las dos guerras mundiales con *Las Llaves del Reino*, de A. J. Cronin, y *Mi cura en casa de los ricos*, de Clement Vatel. Luego vino el multifacético *Padre Brown*, de Chesterton, seguido por el trágico cura mexicano de *El poder y la gloria*, de Graham Greene luego el abate Donovan y el "cura rural" de Bernanos...

En la segunda postguerra estalló como una alegre carcajada el cordial y belicoso *Don Camilo*, de Guareschi, y salió a relucir la novedosa figura del cura-obrero de *Los santos van al infierno*, de Gilbert Césbron. La lista se hace siempre más larga con León Morín, sacerdote, de Beatriz Beck; el Padre Hugo Kennedy, de *Al filo de la tristeza*, de Edwin O'Connor, y *Don Ardito Piccardi*, de *El cielo y la tierra*, de Carlo Coccioni.

Una mención aparte merece el irlandés Bruce Marshall, quien en más de una docena de libros ofrece una galería muy variada de retratos de sacerdotes y religiosos, protagonistas casi exclusivos de sus novelas, desde el monje Malaquías al Padre Smith y al Abate Gastón, amén de una muestra pintoresca de Obispos y Cardenales de todos los países. Muy rara, para no usar un adjetivo más severo, la posición de este novelista respecto al clero español, blanco preferente de ironías de mal gusto por su supuesta ignorancia y superstición. Sin embargo, meditando sobre los sucesos de la guerra civil, revisó su equivocado concepto e hizo honorable enmienda con una famosa novela, trasladada también a la pantalla, donde ofrece una representación dramática del humilde heroísmo, llevado hasta el martirio, de miles de sacerdotes y religiosos españoles. Las éitas podrían continuar por un rato, pero quise mencionar sólo las obras más destacadas; y por otra parte no quiero caer en la monotonía de los elencos.

Pasó el tiempo en que, en la literatura como en la vida, el clero era objeto de escarnios y calumnias. En todas partes, y más aún en nuestro continente, donde el temple del sacerdote debe ser más acerado por la paganización del medio ambiente y más esforzada su labor por la exigüidad del número, los eclesiásticos son mirados con respeto mezclado de admiración. Serán pocos, pero, en su mayoría, son buenos y, algunos entre ellos, santos. Los sacerdotes deberían ser todos santos, pues la santificación del clero y la renovación

de la cristiandad son dos realizaciones ligadas entre sí, y la segunda brota de la primera. Decía San Agustín: "Los santos sacerdotes hacen santos a los fieles"; y, por el contrario, la mediocridad del clero entraña la de los creyentes. San José Cafaso, uno de los últimos canonizados por Juan XXIII, apuntaba esta acertada reflexión: "Nosotros, los sacerdotes, pertenecemos a un estado que no tolera la mediocridad. Se puede comparar el sacerdote a la vara de Moisés: elevada en el aire, obra milagros; arrojada en tierra, se convierte en una serpiente venenosa."

En la primera parte de este artículo he intentado demostrar que la abundancia de sacerdotes, que no sean verdaderos apóstoles, puede ser tan dañina como la escasez, pues los extremos son igualmente peligrosos. Y he citado el ejemplo de lo que pasaba en el Reino de las Dos Sicilias a mediados del setecientos.

Había por allí un aristócrata, hijo primogénito del Almirante del Rey y, a pesar de su joven edad, uno de los primeros abogados de las Cortes Civiles y Criminales, quien cierto día dio las espaldas al mundo para seguir su vocación sacerdotal. De salud endeble, Alfonso María de Ligorio pensaba dedicarse a una vida retirada de estudio y de contemplación; pero Dios tenía otros planes para él.

El Cardenal Pignatelli, Arzobispo de Nápoles, lo sacó de su aislamiento encargándole dar un retiro al clero de la ciudad, el cual tuvo un éxito inaudito. Pero el neo-sacerdote no había despreciado las alabanzas del mundo para luego ir a granjearse las de la gente piadosa. Su corazón, dolorosamente impresionado por el abandono en que vivía la parte más miserable del pueblo, lo arrastraba hacia los barrios prohibidos, refugio de menesterosos y pordioseros y también de los que viven al margen de la ley y de la moralidad. Una grey descarriada a la cual ningún pastor acudía, por asco o quizás por miedo.

Y él quiso ser este pastor. Cierta día, después de haberse largamente preparado con la oración, se fue al barrio que gozaba de la peor fama, el Lavinaio, una especie de Corte de los Milagros donde vivían "lazzaroni" y malas mujeres. Los vecinos rodearon curiosos, aunque con cierto recelo, a este curita que se había atrevido a ir donde ellos y que les hablaba con tanto cariño; pero a los pocos días estaban conquistados. Que un joven sacerdote, cuyo nombre no conocían, pero que poseía modales tan distinguidos, fuera a verlos, a hablar con ellos, con los "lazzaroni", de igual a igual y con tanta benevolencia y ternura, era algo que no podían creer.

Alfonso los instruí, les demostraba la fealdad de su conducta, se ofrecía para buscarles medios con que ganarse honradamente la vida, les hablaba con infinita suavidad del amor que Jesús les tenía, pues había venido a rescatar a los pobres y a los pecadores junto con los demás, y, en fin, los preparaba para recibir los Sacramentos. En pocos meses aquel barrio perdió su mala fama; y Alfonso pasó a otro, al de la Estrella. (Estos barrios napolitanos existen aún, con los mismos nombres, aunque su caudal humano sea algo diferente.) Los "lazzaroni" del Lavinaio le siguieron; y en el nuevo barrio una multitud de obreros y artesanos se apretujaba en torno al joven sacerdote. Dios bendijo su trabajo; las muchas conversiones fueron duraderas y la cosecha tan copiosa que tuvo que pedir la cooperación de otros clérigos. No fue cosa fácil, al principio, encontrarlos; pero la fama de su extraordinaria actuación animó a otros eclesiásticos, a los cuales se sumaron, siempre más numerosos, unos cuantos seglares: entre ellos, profesionales y militares convertidos por Alfonso.

Pero fue este éxito inusitado el que por poco echa a perderlo todo. Las muchedumbres que se agolpaban por calles y plazas alrededor del celoso sacerdote se hacían siempre más numerosas. Muchos de los que acudían se quedaban edificadas; pero había también curas que se sentían molestos y laicos que sospechaban sombríos manejos detrás de los bastidores de este insólito movimiento. Algunos hablaban de herejía, y acudieron donde el Arzobispo; otros de maniobras políticas, y alertaron a la policía. Era en aquel entonces Ministro omnipotente el iluminado y ateo Bernardo Tanucci, quien intervino prohibiendo aquellas manifestaciones públicas en la calle y haciendo detener como peligrosos sectarios a unos cuantos seglares. Pero la autoridad del gentilicio de Alfonso de Ligorio, cuyo padre gozaba de la protección del rey, influyó para que los pusieran en libertad; sin embargo, el Ministro solicitó del Arzobispo la orden de suspender aquellas reuniones públicas. Para superar esta dificultad, Alfonso exhortó a sus compañeros, sacerdotes y seglares, para que avisaran al pueblo que las reuniones continuaban en lugares cerrados, donde él mismo iba a dirigir las asambleas.

Prácticamente, a este movimiento se le puede considerar como el precursor de nuestra actual Acción Católica; pues el Card. Pignatelli, realizada una encuesta, quedó tan edificado y admirado de los frutos de estas reuniones de seglares, que designó de oficio a varios sacerdotes para que ayudaran al Padre Ligorio; fundándose entonces otros

grupos, de manera que al poco tiempo la obra dispuso de un Asesor diocesano y de Asistentes para los varios centros que multiplicáronse por la ciudad y dieron vida a varias obras sociales, tales como escuelas primarias para niños y de alfabetización para adultos.

La salud del apóstol. quebrantada por tanto trabajo y por exceso de penitencias, preocupó a su padre, quien ordenó al hijo ir a tomar un descanso en una hacienda familiar llamada Santa María dei Monti. Alfonso accedió por obediencia a la voluntad del padre, pero quiso que le acompañaran unos sacerdotes amigos. Pero he aquí cómo el descanso se transformó pronto en penoso trabajo, al percatarse del completo abandono en que estaban sumidos labradores y pastores. Empezó a reunir durante el día a mujeres y niños y por la noche a los hombres, y a todos impartía instrucción religiosa y les administraba los Sacramentos. Al poco tiempo, por aldeas y caseríos de muchas leguas a la redonda corrió la voz que en la hacienda de Santa María había venido a hospedarse un santo, y las muchedumbres acudían. Esto dio una idea a Alfonso: ¿Por qué no reunir un grupo de sacerdotes itinerantes que se dedicaran exclusivamente a hacer misiones y dar instrucción religiosa a esas almas tan lamentablemente abandonadas?

Nació así la Congregación del SS. Redentor, que creó la técnica y los técnicos para las misiones urbanas y rurales; la cual, después de haber sufrido al principio todas clases de tribulaciones, fue canónicamente aprobada y dio excelentes frutos de santificación. Así fue como, con dos siglos de antelación, San Alfonso creó un instrumento —las misiones entre el pueblo descristianizado— que hoy han vuelto a considerarse necesarias en muchos países, viniendo a ser nuestro Santo el precursor de la ardua labor apostólica que hoy se ha vuelto a emprender entre los desheredados de los “ranchos” y

de las “favelas” de las grandes metrópolis. En Francia, donde la escasez vocacional también es sensible, equipos de la llamada Misión de Francia, particularmente entrenados, recorren las zonas más abandonadas y sin sacerdotes para tener encendida la antorcha de la fe y suministrar los Sacramentos, desplazándose en furgones a cuatro ruedas como verdaderos “gitanos del Señor”. Y en Brasil el obispo Eugenio Sales, de Río Grande del Norte, envía a sus clérigos en “jeeps” para que oficien misa a cielo abierto y ante cualquier grupo de campesinos que encuentren, instruyéndoles y administrándoles los Sacramentos.

Pero el celo y la doctrina de Alfonso de Ligorio llamaron la atención de la Santa Sede, y a pesar suyo tuvo que hacerse cargo de las diócesis de Santa Agueda de los Godos, una de las más abandonadas; y que, a los pocos años, por la fama de santidad y la doctrina de su Obispo, se volvió como otra Hipona, faro de luz en el mundo cristiano. Pero tuvo que trabajar y luchar duro para instruir y seleccionar sus sacerdotes, y a menudo fue necesario emplear medidas muy drásticas, como la de suspender a divinis los que rezaban la misa de carrera, empleando menos de diez minutos, y sometiendo a todos a un examen de capacitación antes de habilitarlos al ejercicio de la confesión; pues en pocos años supo transformar su clero en modelo de santidad y celo sacerdotal y Santa Agueda en una diócesis-piloto, que fue de ejemplo a todas las demás del Reino.

Por supuesto, su preocupación principal fue la del Seminario, al que dedicaba todos sus cuidados para perfeccionar las vocaciones y forjar sacerdotes doctos y santos. Decididamente, Mons. Ligorio abrigaba ideas que hoy llamaríamos muy modernas, y supo enfrentarse resueltamente a problemas que hoy creemos nacidos en nuestra época. Por ejemplo, él quería seminaristas de cuerpo sano y de alma sana; no obstante, una de las primeras

medidas que tomó fue suprimir las vacaciones en familia, lo cual atrajo protestas y hasta amenazas de retirar los alumnos.

—Retírenlos, si quieren —contestaba el Obispo, imperturbable—. Pero yo no permitiré que los alumnos vayan a sus casas. Un mes de esas vacaciones basta para hacerles perder todo lo ganado en un año de formación.

Y reemplazó las vacaciones en familia por vacaciones en el mismo Seminario, organizando excursiones campestres y dando oportunidad a los jóvenes de pasar muchas horas al aire libre en el campo o en el bosque. Esto, sobre decirlo, le procuró serios problemas económicos, pero sacó de su sacrificio frutos espirituales de un valor incalculable.

Creo que hoy más que nunca, y en América más que en otras partes, tenemos que acudir al ejemplo y a la guía del Santo Doctor napolitano. El cual fue un gran moralista, un intrépido adversario del jansenismo, un apóstol de la comunión frecuente, un anticipador de la doctrina de la infalibilidad papal, que cuajó en dogma un siglo después, un tierno paladín de la devoción a la SS. Virgen, y muchas cosas más; pero sobre todo fue un formador y reformador de sacerdotes y un maestro en el arte de aprovecharlos, en pequeños equipos, para que la palabra del Señor fuera propagada otra vez a la Cristiandad descristianizada.

Por algo sería que el Señor escogió a pocos (doce Apóstoles y setenta discípulos) para anunciar el Evangelio al pueblo judío y llevar la revolución del amor al mundo pagano. ¿Y para qué los habría llamado “levadura” y “sal de la tierra”, sino para dejarnos entender que bastan pequeñas cantidades de la una y de la otra para sazonar los alimentos y hacer fermentar la masa?

Señor, envíanos sacerdotes, aunque sean pocos; pero que sean buenos y santos.

RENZO RICCIARDI